

El valor de una vida

Servando Pineda Jaimes



Cuál es el valor de una vida?, desafía el gran Giovanni Boccaccio a sus lectores en *El Decamerón*, monumental obra que retrata a la sociedad Florentina durante la Peste Negra que entre 1347 y 1351 arrasó con entre el 40 y el 50 por ciento de la población europea, aunque hay documentos que mencionan hasta el 60 por ciento.

Slavoj Zizek, para algunos el último gran pensador marxista o El Elvis de la Teoría Cultural,¹ en torno a la pandemia de COVID-19 que azota a la humanidad, reflexiona: “A menudo escuchamos que lo que estamos pasando ahora es un caso de la vida real, de esos que estábamos acostumbrados a ver en las distopías de Hollywood” y entonces se cuestiona: “¿Entonces qué tipo de películas estamos viendo ahora en la vida real?”

Desde que se tiene memoria, las pandemias ya sea por bacterias o virus han sido parte de la historia de la humanidad, pero también su registro, bien por medio de tratados, reflexiones y —con una amplia popularidad—, con novelas,

1 *El Sol de México*, Primera Plana. Jueves 16 de abril de 2020. Sección COVID-19.

donde la realidad puede pasar como ficción sin ningún problema. El *quid* del asunto es saber descubrir “esa” realidad por medio de las ficciones.

Lo que hizo Bocaccio es presentarnos un retrato fiel de la sociedad florentina del siglo XIV donde la brecha entre pobres y ricos era inmensa y las pandemias o plagas, tan letales ayer como ahora, tenían sus propios matices. La diferencia entre vivir y morir radicaba no tanto en el acceso a una cura, inexistente en aquellos tiempos, sino en la oportunidad o no de poderse amurallar y ver pasar la tempestad convertida en peste.

En aquellos tiempos, los ricos pudieron salir de la ciudad-Estado y refugiarse en sus lujosas e insultantes casas de campo. Bien pertrechados y rodeados de sirvientes que se aseguraban de que nada les faltara, veían pasar la peste en medio de manjares y placeres. El resto, es historia. La carga del número de muertos corrió por cuenta de los “otros”, nos diría Todorov.

Lo que se propuso Bocaccio en su *Decamerón* fue retratar, de alguna manera, la vileza humana de aquel momento. Mostrar la indiferencia y la poca o nula empatía de los poderosos ante el dolor humano. Mientras ellos se retiraban a sus lujosas mansiones, el resto tenía que salir a buscar la vida o mejor dicho la muerte ante la impotencia de los incipientes médicos que no atinaban a saber a ciencia cierta lo que ocurría. Solo quedaba el recurso de rezar, sin saber que, al conglomerarse, la peste se propagaba más rápido, sin que Dios padre pudiera impedirlo. Lo que hay que agradecerles, sin duda, es su intuición para protegerse de alguna manera ante el poderoso bicho, con trajes y máscaras especiales para no contagiarse. De ahí nos heredaron el disfraz del ya mítico Doctor Roma y su inconfundible máscara de pico que hoy ha



sido sustituido por modernos equipos médicos... para quien logra tenerlos.

Después de 673 años, otra pandemia tiene en jaque nuevamente a la humanidad: el SARS-CoV-2, mejor conocido por la enfermedad que causa: COVID-19, un peligroso virus cuya tasa de letalidad está para no ser despreciado, y que ha puesto de rodillas al mundo, pero paradójicamente no ha podido transformar la naturaleza humana.

Hoy como hace ya casi siete siglos, tal y como lo narraba Bocaccio, los ricos han podido salir de la ciudad metafóricamente hablando y en otros casos literalmente. Otra gran parte quedamos confinados en nuestras casas, pero una inmensa mayoría no pueden darse ese lujo en nuestro país. Ellos enfrentan día a día un gran dilema: morir contagiados por un microscópico “ente” o morir de hambre. A diferencia de otros que piensan que el virus no los matará, hagan lo que hagan. Más cornadas da el hambre, diría el recordado Luis Spota.

Y así transcurre en nuestro país esta kafkiana pandemia. Unos preocupados por tener un tren, deshacerse de un avión, pero tener un nuevo aeropuerto; otros por contar de perdida con un cubreboca que les salve la vida; unos más porque nadie los toque ni salude; y unos cuantos elaborando seudoguías de bioética para justificar por qué ante situaciones donde se presenten escasez de recursos, son los viejos los que deben morir en lugar de los jóvenes, si se presentara el caso y —los menos— respirando tranquilos porque sus fortunas, según la revista *Forbes*, están a salvo y gozan de cabal salud. Hinchándose de gordas. A ellos sí, la pandemia les vino “como anillo al dedo”.



“Riqueza de 5, igual a 25% del ingreso de 35 millones de familias”,² nos informa *La Jornada*, quien nos dice que la fortuna de este grupo asciende a \$1 billón 736 mil millones de pesos, según el rankin de la célebre revista *Forbes*. Y ahí aparecen los Slim, los Larrea, los Bailleres, las Aramburozabalas y desde luego y ¡cómo no!, los Salinas Pliego para quien la vida de los empleados de sus empresas (TV Azteca, Elektra, Total Play) vale poco más que un pepino y los sentencian a trabajar en plena pandemia. “El virus existe, pero no es de alta letalidad y por tanto hay que ir a laborar sin temor a contagios”, nos dice don Ricardo Salinas desde la comodidad de su lujosa mansión de Puerto Vallarta trepado en su no menos ostentoso yate, pero para quien, “ese sacrificio” de sus empleados, la patria se los reconocerá. Lo importante es que la economía no se frene, insiste. O sea, “su economía”.

¿Cuál es el valor de una vida?, se preguntó un día, un preocupado Giovanni Bocaccio.

La respuesta, ¡quién lo dijera!, se la daría, siete siglos después, un mexicano: don Ricardo Salinas Pliego.

2 <https://www.jornada.com.mx/ultimas/economia/2020/04/16/riqueza-de-5-igual-a-25-del-ingreso-de-35-millones-de-familias-9750.html> [Consultado el 16 de abril de 2020].

